

ÍNDICE

1. Una historia de Stefan Zweig	7
2. Ponerse en la piel del otro. Compasión y simpatía.....	15
3. Compadecerse, una manera de amar....	31
4. La lagrimita o la falsa compasión.....	51
5. Telecompasión: el rostro dolorido en la pantalla	57
6. Psamético y Kikuchyo	71
7. «Tú y yo no somos uno. Tampoco somos dos».....	83
8. Compasión hacia todos los seres vivos.	91
9. Sobriedad en todo. Modestia, austeridad y discreción	101
10. La compasión: mística práctica	111
Epílogo	123
Bibliografía	127

UNA HISTORIA DE STEFAN ZWEIG

La piedad peligrosa es una de las novelas más interesantes de Zweig.¹ En ella, un joven teniente austriaco es invitado a una fiesta e invita a bailar a una hija del dueño de la mansión donde se celebra el sarao, sin (al estar ella sentada) darse cuenta de que la joven es paralítica. Al día siguiente le manda un ramo de flores para pedirle excusas por el paso en falso y a raíz de este detalle la joven piensa que el militar se ha enamorado de ella.

El protagonista actúa a partir de una noble y bondadosa sensibilidad hacia el dolor ajeno. Es un hombre que desea ayudar en todo lo posible a los demás: cualquier indefensión reclama su interés; una actitud que lo aboca a un dilema. Su deseo

1. Cf. S. ZWEIG, *La piedad peligrosa*, Debate, Barcelona, 1999.

de no hacer sufrir, de no incomodar o de mitigar el sufrimiento ajeno, hace que dilate el pequeño malentendido que tuvo lugar en la recepción. Para no apenar a aquella ilusionada joven lisiada, retrasa una y otra vez aclararle que no bebe los vientos por ella; poco a poco se va enredando en un inmenso desatinado con consecuencias crecientemente trágicas para él y para aquellos a quienes quería evitar todo sufrimiento.

Todo se inicia con un piadoso y sencillo acto de no aclarar la verdad, sin segundas intenciones e, incluso, en contra de su voluntad. No es un engaño consciente, pero inmediatamente queda atrapado en el embrollo y aunque al principio fue la compasión la que lo movió a mentir, ahora lo va a hacer como un redomado histrión, planificando los detalles de su actuación y pensando en su defensa.

De la historia pueden extraerse varias moralejas. En ella quedan plasmadas las distintas caras de la compasión, poniéndose de manifiesto que lo que empieza como un acto virtuoso puede convertirse en origen de problemas e imposturas. Como todo sentimiento humano, la compasión es ambigua: puede elevar a una persona hasta las más altas co-

tas de excelencia moral, pero también conducirla a mentir y engañar deliberadamente.

De entrada puede decirse que en el relato aparecen dos formas de compasión: una, débil, que es el resultado de la zozobra del corazón por liberarse lo antes posible de la conmoción que le ocasiona la desgracia del prójimo. Algo que *strictu sensu* no es compasión sino más bien una manera instintiva de distanciarse del dolor ajeno; hacer novillos.

La otra, la genuina, es una compasión decidida a resistir, a ser paciente, a sufrir y hacer sufrir si resulta necesario para ayudar realmente a alguien. El teniente austriaco de la obra tiene que decir y hacer algo que le resultaba difícil; por eso retrasa una y otra vez hacerlo: le falta valor. Esto es el paradigma de la compasión débil. Prolonga la absurda situación, entre otras cosas, porque es preso de la vanidad, uno los impulsos más potentes de las naturalezas débiles, fácilmente susceptibles a la tentación de aquello que visto desde fuera parece admirable o valioso.

En la raíz de muchos males se encuentra la falsa compasión. Por causa de ella a menudo se miente y engaña, eludiendo la incomodadora verdad o las

responsabilidades que molestan. Se miente para no contrariar y evitar un daño que acabará aumentando; se elude la verdad difícil de comunicar, pero apremiante, por mucho que seamos conscientes de que así, ignorándola, no desaparecerá. Por ella se consienten prácticas o situaciones reprochables en el trabajo o en la familia; situaciones que no se confrontan para no perjudicar a nadie, incluso a sabiendas de que tolerarlas causa un mal mucho mayor.

Convierte al joven teniente en un ser miserable que hiere con su debilidad, perturbando y destruyendo con su compasión. Con él en mente, todos deberíamos esforzarnos en discernir si la compasión que sentimos en ciertas ocasiones no camufla algún egoísmo o debilidad.

Vivir responsablemente a veces exige incomodar a los demás. Educar implica siempre un cierto constreñimiento, contrariar y denegar consuelos que estarían en nuestras manos, pero que no debemos dar. Si bien es cierto que debemos ser flexibles, ceder a la falsa compasión es hacer daño. Un daño a primera vista aceptable, pero que tarde o temprano regresará multiplicado.

Queda en el relato otro elemento que no nos debe pasar desapercibido. El teniente siente compasión por una joven discapacitada: considera que una persona así es digna de lástima. Respecto a esta consideración cabe hacer un apunte crítico: quien padezca una limitación corporal no lo convierte irremisiblemente en sujeto digno de compasión. Es posible que en ella se atesoren virtudes y capacidades completamente ignotas para él. Aun así, el militar decide instintivamente que la «pobre» joven es digna de lástima.

Este momento de la historia es especialmente sugestivo porque expresa una actitud muy corriente en la vida cotidiana. Con demasiada frecuencia somos esclavos del tópico y de estereotipos que nos abocan neciamente a sentir compasión por determinados grupos o a sentir envidia de otros. Nos compadecemos de la gente que carece de recursos materiales, de los enfermos, de los reos de muerte y hasta de los ancianos. En cambio, las gentes ricas, jóvenes, hermosas o inteligentes nos provocan envidia. Este tipo de compasión, sierva del lugar común, es un instrumento psicológico al servicio de la autoestima, pero nada tiene que ver con la genuina compasión.

No es raro que sintamos compasión por la situación física, psíquica, social, cultural o económica de algunas personas y que creamos que comparados con ellos nosotros somos unos afortunados puesto que no nos faltan los bienes que consideramos absolutamente necesarios para llevar una vida feliz. Y ello no obstante, se da la paradoja de que a menudo aquellas personas que creemos dignas de compasión, ríen más y viven más plenamente que nosotros.

Muy a menudo, a la hora de determinar quién es o no es digno de compasión, nos equivocamos. Las apariencias siempre engañan y no es nada anómalo que una persona muy poderosa sea la más necesitada de compasión, pero a nadie se le acude pensar que al personaje en cuestión haya que darle consuelo, ayuda, escucha y, en definitiva, amor. Despertar sentimientos de compasión es algo muy triste, pero más triste es que los demás no se den cuenta de que necesitamos consuelo cuando verdaderamente nos hace falta.

En este sentido, la historia, en el fondo, suscita compasión por el joven teniente. Su debilidad lo conduce a mentir y engañar, a continuar una farsa

porque carece de valor para admitir su error. Lo que el genial Stefan Zweig consigue es que el lector se apiade del protagonista y que se olvide de la joven paralítica. El pusilánime teniente es más digno de compasión que la precariedad física de la joven.

PONERSE EN LA PIEL DEL OTRO COMPASIÓN Y SIMPATÍA

Hay muchos malentendidos en torno a la compasión. En realidad, es una virtud que tiene tan mala prensa que se rehúye el término, recurriendo a eufemismos que suenen mejor. Antes de disertar sobre la bondad de la compasión, se debe pedir perdón y hacer muchas consideraciones previas. Se diría que sentir compasión por alguien es algo vergonzoso, y no hablemos ya del azoramiento que para algunos representa despertar sentimientos de lástima. Esta animadversión hacia el concepto no es una actitud universal; otras culturas carecen de ella. Es un fenómeno típicamente occidental y contemporáneo, íntimamente ligado a la negación del sufrimiento y a la cultura de la autosuficiencia.

En cambio, en la sublime tradición budista la compasión es el eje básico de la virtud, un sentimiento primordial que hay que inculcar a los niños

y practicar toda la vida; la raíz de la sabiduría y la armonía vital. Obviamente, dentro de un contexto así, es un concepto carente de las connotaciones negativas que tiene por nuestros pagos. Apiadarse del sufrimiento ajeno y sentirlo como propio es un signo de belleza ética, en tanto que en la tecnificada cultura occidental se tiende a hacer caso omiso del sufrimiento y, por ende, de la emoción que suscita en el corazón.

Hay toda una plétora de términos emparentados con la compasión, por más que en sentido estricto no signifiquen lo mismo ni compartan genealogía. *Caridad*, por ejemplo, evoca posiciones cristianas; aun así a veces se utiliza como sinónimo de compasión.

Junto con la fe y la esperanza, la caridad conforma las virtudes teologales y ejemplariza la íntima amistad entre Dios y las personas, el lazo espiritual intrínseco que solo puede narrar quien lo vive. La caridad es el Amor que brota de la esfera celestial para incardinarse en el corazón, la fuerza que impulsa al hombre a obrar bien, a descentrarse en favor de los demás, a olvidarse de sí mismo para engendrar belleza, verdad, bondad y unidad en de-

redor. Es el principio del orden, fuerza motriz de la justicia.

La compasión no tiene necesariamente un significado religioso, aunque no lo excluye. Es a la vez sentimiento y virtud porque perfecciona a la persona, pero no presupone ni necesita al principio divino como condición de posibilidad. No es patrimonio exclusivo de ninguna confesión; en realidad, grandes pensadores (tanto agnósticos como ateos, orientales u occidentales) la han enaltecido como valor a preservar y defender.

Como se ha dicho, en el budismo es una virtud fundamental, y a pesar de ello esa vieja sabiduría oriental ignora la existencia de Dios. La noción de caridad, en cambio, implica necesariamente una relación interpersonal, la apertura a un dios fuente eterna de amor. Su origen es la fuerza divina que empuja a la persona a realizar obras bondadosas y a velar por su prójimo. Surge del poso virginal de bondad que nunca acaba de extinguirse en la condición humana, a pesar del constante esfuerzo para cegarlo.

En sentido restringido, la compasión tampoco puede identificarse con la fraternidad, que consiste

en tratar al otro como si fuera un hermano (*frater*), aunque muchas veces las relaciones fraternas disten mucho de ser compasivas. Además, la compasión no hace diferencias ni siente predilección por los más allegados. La fraternidad, como la caridad, tiene raíces evangélicas. El reconocimiento del otro como hermano arranca del convencimiento de que Dios es un padre; mas aún, es una madre de todas las criaturas. La fraternidad evangélica abarca algo más que la condición humana; tiene un carácter cósmico: todo nace de la deidad y regresa a ella. La gran aventura del ser humano radica en reconocerse como hijo de Dios y, en consecuencia, hermano de los demás.

Este valor, central en el conjunto de valores modernos, no debe identificarse sin más con la compasión porque a menudo el sentimiento más apropiado hacia un hermano no es el de la compasión. Expresa, esto sí, una benevolencia, un deseo del bien para todo ser humano, aunque la compasión se extiende más allá de los vínculos fraternales, proyectándose hacia toda criatura sufriente.

En acepción rigurosa la compasión tampoco es la benevolencia, si bien la presupone. Tal como la

palabra indica, la benevolencia es el anhelo y voluntad de bien para todos, en tanto que la compasión es la vivencia interior del sufrimiento ajeno. No se mueve únicamente en el plano del deseo o de la resolución: expresa un dolor en el corazón, un sentimiento de unidad y compenetración que no exige necesariamente la benevolencia. Desear el bien del otro es algo propio del hombre equilibrado, pero sentirse estrechamente unido al sufrimiento ajeno es el hecho diferencial de la compasión, aunque a menudo esta fusión de almas sea la matriz del desequilibrio.

Hay una extraña niebla que envuelve el valor verdadero de la compasión y solo si este velo de malentendidos se levanta con argumentos contundentes, aparece su carácter genuino.

De entrada, parecería que el término compasión evocase un complejo de superioridad, una mirada lastimera, casi de misericordia, hacia alguien. Sentir compasión se considera equiparable a mirar al otro como si fuera inferior e impotente, como alguien que no alcanza a ser aquello que desea ser.

La compasión mal entendida parecería un sentimiento meramente cordial, incapaz de conver-